





Cuadros de una exposición



FACTOTUM
EDICIONES

Schilling, Carlos

Cuadros de una exposición / Carlos Schilling. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2024.

136 p. ; 21 x 13 cm. - (Fictio)

ISBN 978-987-4198-52-5

1. Narrativa. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© Carlos Schilling, 2024

© Factotum Ediciones, 2024

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2024

Scouting: Juan Kolasinski

Coordinación y composición: Natalia Brega

Imagen de tapa: Ivan Kramskoi, *Retrato de una mujer desconocida*, 1883.

Diseño de maqueta: Renata Cercelli

Asesor gráfico: Aldo de Losa

ISBN 978-987-4198-52-5

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Cuadros de una exposición

Carlos Schilling

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

Un imperio perdido

1

Tal vez no sea el mejor momento para presentarme, pero si la situación se agrava en las próximas horas deberían saber que soy Román Romanov. Es el nombre que figura en mi documento de identidad, no me cuesta nada aceptarlo, pocas personas tienen el privilegio de descender de una dinastía imperial que perdió un territorio equivalente a la sexta parte del planeta. No obstante prefiero que me llamen Supercero, cuadra mejor con mis poderes subnormales. Sin hacer propaganda de mí mismo, puedo decir que tengo facultades extraordinarias o al menos extraordinariamente nulas. No sé para qué sirven, lo único que sé es que están ahí, latentes, preparadas para actuar en mi contra cada vez que sea necesario. Supercero se divide en dos partes: Súper y cero. Cualquier cosa puede ser súper. Superlativo, supersticioso, superficial. Cero tiene un radio de acción más restringido. Está antes, justo antes, en el vacío previo, en el punto final de la cuenta regresiva: nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos,

uno... ¡Cero! La voz de mi conciencia ya no me habla, solo me grita cosas humillantes. De todos modos estar consciente implica verse a uno mismo desde afuera. El cielo se transforma en un enorme ojo celeste que observa con su pupila solar. No parpadea nunca. Me mira fijo a través de la lupa de la atmósfera y me ve acá abajo, en la Tierra, aplastado contra el piso, un microbio, un organismo unicelular, una gota sin núcleo, un cero ovoide. No podría precisar dónde me encuentro. La geografía cordobesa fue reemplazada por la geografía rusa en mi formación inicial. Confundo los nombres de los pueblos. No distingo los puntos cardinales. Las Sierras Chicas o las Sierras Grandes me resultan tan familiares como la Luna. No sé dónde estoy, pero sé lo que estoy haciendo, y lo que estoy haciendo no tiene nombre, solo adjetivos: degradante, abyecto, asqueroso.

–Dejá de hablar solo y apurate.

–No estoy hablando solo.

–Estás hablando solo como un tarado.

Esa voz revela que alguien me acompaña además de mi conciencia. Pero antes de contarles quién es y por qué está conmigo, quiero que compartan con el cielo esta visión diurna de mí mismo. El escenario es un camino polvoriento. Un camino por donde no pasa nadie. Hace calor y el aire no es puro. Huele mal, muy mal. Un porcentaje de ese olor, no todo, digamos el 99 por ciento, está relacionado con la persona que acaba de distinguirme con el calificativo de tarado. La verdad: necesitaría una máscara de oxígeno para respirar en estas condiciones. Lamentablemente mi indumentaria se reduce al uniforme básico de Supercero: una camiseta blanca y un pantalón buzo que a veces cumple las funciones de pijama.

¿Qué hago? Busco algo entre los yuyos.

Me muevo con cuidado, con extrema cautela, primero un pie, después el otro, como si hiciera equilibrio sobre un campo minado. Aunque estoy apurado, trato de mantener la calma. Me tapo la nariz con la mano izquierda y con la derecha espanto las moscas. Creo que voy a vomitar, viene una arcada, y otra, y después otra; por suerte son arcadas sin flujo, secas, nada más que reflejos gástricos, burbujas que suben desde mi estómago y revientan en mi boca. Tal vez no vomite, tal vez solo me desmaye. Eructo y sigo en pie. Soy fuerte. Soy súper. Avanzo entre los yuyos.

Busco algo concreto: un palo.

Se me acaba de ocurrir que lo mejor sería un palo de escoba. Pero lo que la gente tira al borde de un camino de las sierras no son precisamente palos de escoba. ¿O sí? ¿Quién sabe? Si me guío por lo que encontré hasta el momento, no puedo descartar nada. La categoría de basura es universal y por eso mismo abarca todo el universo, desde fósforos quemados hasta cenizas de estrellas. Mientras busco el palo de escoba, voy a decirles algo sobre la persona que me acompaña. Es una mujer. Se llama Morna. Está nerviosa, despeinada, paranoica, y tiene puesto un vestido rojo arrugado que le queda perfecto. ¿Por qué busco un palo de escoba? Porque es el instrumento ideal para remover mierda. Su mierda. La mierda de Morna Romanov.

2

Una persona digna solo aceptaría manipular materia fecal por razones de fuerza mayor. En cambio, yo acepté porque Morna me lo pidió. Podría alegar que ella es mi fuerza mayor,

podría argumentar que compartimos la misma sangre y que todo lo que Morna siente también lo siento yo. No estaría mintiendo, pero tampoco estaría diciendo la verdad. Si fuera cierto que existe una conexión tan poderosa entre nosotros, no hubiera sido necesario que hoy a la madrugada ella presionara durante media hora el timbre del portero eléctrico de mi departamento hasta despertarme. Aunque para ser fiel al orden onírico de los acontecimientos, debería aclarar que no fue ese sonido lo que me despertó sino su vertiginosa evolución en el escenario de mis sueños, donde el carruaje dorado que me transportaba en medio de una multitud se transformó en una ambulancia que avanzaba a toda velocidad por un paisaje nocturno con mi cadáver en su interior. Cuando desperté, la noche seguía allí, densa alrededor de mi cama de soltero. Lo positivo era que yo no estaba muerto: respiraba y babeaba y tenía puesto el uniforme de Supercero. Lo negativo era que la sirena de la ambulancia no dejaba de sonar en algún punto exterior a mi cabeza y ese estruendo me obligó a reaccionar antes de que mis sentidos terminaran de adaptarse a la situación. No sé cómo llegué vivo hasta el portero eléctrico. Todos los muebles del departamento se conjuraron para interponerse en mi camino, uno tras otro, como en una carrera de obstáculos. Quise prender las luces, pero las luces no estaban donde debían estar, y ninguno de mis manotazos conseguía extraer de la oscuridad el teléfono celular que podía servirme de linterna. Tuve que guiarme por un instinto de orientación tan poco entrenado que confundió la puerta del ropero con la puerta del dormitorio y me empujó contra una confusa horda de camisas y de abrigos que se me enredaban en el cuerpo y me impedían retroceder sobre mis pasos. En ese estado lamentable, rengo de una pierna, con el codo

lastimado y respirando mi propio mal aliento, descolgué el tubo del portero eléctrico y acerqué la oreja al auricular que vibraba. Oí una voz que nunca había oído antes.

La voz de Morna desesperada.

No estaba mentalmente preparado para responder a esa voz. Había escuchado a Morna cantar, la había escuchado reír y la había escuchado llorar, pero era la primera vez que la escuchaba suplicar y aullar al mismo tiempo. No podía descifrar lo que me decía y mucho menos procesarlo. Era como si me hablara en un lenguaje animal que yo debía traducir a un lenguaje humano. Mi dificultad para entender sus palabras la puso más nerviosa aún, así que dejó de gritar y empezó a insultarme, no solo a mí sino también a mis antepasados, sin importarle que descendemos de la misma familia y que si algo nos conecta es el hecho de ser los últimos exponentes de los Romanov. Aclaración necesaria: somos primos; no gemelos, lo que tal vez explica el fracaso permanente de nuestras comunicaciones telepáticas y telefónicas. Mi padre es el hermano de su padre (o viceversa) y ambos son tataranietos de Nicolás II, que se exilió en la Argentina cuando la dinastía de los Ustinov usurpó el trono de Rusia... Perdón, ya me fui de tema, tengo la mala costumbre de treparme a nuestro árbol genealógico incluso en las ocasiones menos propicias. Me bajo de sus ramas y vuelvo a mi posición original: lisiado en una pierna, dolorido en un codo y con la voz de Morna en el oído.

–Subí –le dije para ahorrarle más insultos.

–No, no, bajá vos –siguió gritándome–. No podemos perder tiempo.

– ¿Por qué? ¿Qué pasa?

–Después te explico. Ahora concéntrate. Buscá toda la plata que tengas, la llave del auto y bajá enseguida. Ah, y no traigas el celular, tiralo por el inodoro, hazlo desaparecer, ¿sí? Tenés un minuto. ¡Un minuto! ¿Entendiste?

3

No fue exactamente un minuto lo que tardé en bajar desde mi departamento a la calle, pero lo mismo establecí un récord que debería ser convalidado por algún organismo internacional de situaciones extremas. En nombre de esa plusmarca, tuve que sacrificar mi indumentaria y mi higiene personal: me dejé puesto el uniforme de Supercero y no me lavé los dientes. Eso sí, traía en una mano las llaves y en la otra la billetera que contenía toda mi fortuna en efectivo. Morna me esperaba con los brazos cruzados de la impaciencia, apoyada sobre el capot de mi auto, que no es el deportivo que merecen los descendientes de un zar sino un acoplejado Sandero color barro. Estaba despeinada, con los pelos sobre la cara, no sé si por el viento o por el gesto brusco de girar la cabeza hacia un lado y hacia el otro de la calle donde nada más que los faroles del alumbrado público le devolvían la mirada. El inconfundible vestido rojo que llevaba puesto desde la última vez que la había visto, en el Palacio Ferreyra, no desentonaba con el paisaje urbano, al contrario: lo transformaba en una especie de set de fotografía donde incluso las bolsas de basura y los edificios opacos parecían sumarse al violento resplandor de su figura.

–¡Dale, dale, apurate! –me dijo cuando me vio aparecer a través de la puerta.

Yo esperaba un saludo más efusivo, así que mi única respuesta fue desbloquear la alarma del Sandero con el control remoto y meterme dentro del auto lo más rápido posible. Ni siquiera le pregunté adónde íbamos: encendí el motor y aceleré como si lo supiera por instinto. La contención verbal no es uno de mis superpoderes. Los diálogos lacónicos siempre me parecieron fantásticas invenciones humanas, tan maravillosas como las águilas bicéfalas. Si me mantuve callado sin interrogar a Morna durante varios minutos fue por dos razones concretas. 1) No quería alterarla más de lo que estaba alterada. 2) Temía que el tufo de mi boca la descompusiera. Solo hay una cosa peor que el mal aliento de un desconocido: el mal aliento de un conocido. Eso explica que mientras nos internábamos en una especie de dimensión paralela de la ciudad donde reinaban sombras cada vez más oscuras, yo tratara de detectar la luz encendida de un quiosco o de una de farmacia que estuvieran abiertos las 24 horas para comprar enjuague bucal, chicles de menta o pastillas de eucalipto.

—No se te ocurra parar —me advirtió Morna como si me leyera los pensamientos o como si leerme los pensamientos no fuera contradictorio con nuestra incapacidad para comunicarnos a corta o larga distancia. El silencio se volvió aún más tenso después de sus palabras. El aire entre nosotros empezó a cargarse con todo el mutismo de las plazas vacías y de los vehículos estacionados que íbamos dejando atrás. Mi prima todavía estaba temblando y trataba de disimular la desesperación arreglándose el pelo frente al espejito de la visera del auto, de modo que no podía compartir conmigo la sensación de que nos llevábamos la parte más triste de cada lugar por el que pasábamos a toda velocidad. No es que no hubiera absolutamente nadie en las calles (sería imposible en Córdoba, incluso en pleno

invierno, y estábamos en primavera), pero los últimos taxis y los primeros colectivos con los que nos cruzábamos no hacían más que acentuar la atmósfera de planeta deshabitado que nos rodeaba: un mundo de espectros y de infinita tristeza abandonada. Yo esperaba con la paciencia de Supercero que Morna me indicara una dirección o que me dijera cuál era el plan, y por debajo de esa expectativa superficial sentía una expectativa mucho más profunda, mucho más violenta, mucho más cercana a las punzadas de un ataque de ansiedad, la expectativa de que ella cumpliera la promesa de contarme por qué me había despertado a la madrugada, por qué me había obligado a destruir el teléfono celular y por qué estábamos huyendo si es que estábamos huyendo de alguien en realidad. Morna seguía muda, abstraída, mejor dicho, abstracta, tan lejos y tan cerca al mismo tiempo que no terminaba de estar a mi lado y sin embargo era pura presencia física, una fuerza de gravedad que distorsionaba el espacio entre los dos. No lloraba, aunque había algo en ella que parecía llorar, un estremecimiento, un tic nervioso, o tal vez simplemente las arrugas que se le formaban en el vestido rojo y que cada dos por tres intentaba alisar con un gesto nervioso de las manos.

FACTOTUM
EDICIONES

4

Puede sonar exagerado atribuirle toda la culpa a la historia de Rusia, pero la verdad es que no estaríamos en este camino polvoriento de las sierras, buscando un palo de escoba y conteniendo la respiración, si hace un siglo, justo un siglo, Nicolás Alejandro Romanov, Nicolás II, no hubiera sido obligado a abdicar del trono del imperio por oponerse a una supuesta

monarquía parlamentaria. Esa es la conclusión a la que llegué después de no aguantar más el mutismo de Morna y someterla a un interrogatorio interminable, en el que yo intentaba ocultar mi mal aliento hablando con la boca cerrada y ella seguía arreglándose el pelo frente al espejito del auto o alisándose el vestido con las manos. Era obvio que no se sentía en condiciones de decirme nada demasiado concreto, me respondía con medias palabras o con comentarios evasivos, así que tuve que tirar del hilo un buen rato hasta extraer algo parecido a una confesión. No fue mucho lo que me contó, apenas lo suficiente como para permitirme componer con esos eslabones sueltos la cadena de causas y consecuencias o de acciones y reacciones que nos terminarían empujando hasta este punto desolado de la geografía provincial. Supongo que ninguna otra persona que hubiera escuchado mis largas preguntas y sus cortas respuestas, ni siquiera un espía al servicio de los Ustinov, habría podido discernir la cantidad de sobrentendidos y de alusiones veladas en cada frase de mi prima. Yo sí, yo entendí todo, por eso insisto en que es necesario retroceder un siglo en los casilleros temporales y desplazarse 13.000 kilómetros en los espaciales para situarse en el punto donde empezaron nuestros problemas. La fecha es marzo de 1917. El lugar: San Petersburgo. Morna y yo coincidimos en que ese año ya era demasiado tarde para los Romanov, ya no había nada que hacer excepto mantenerse en la misma posición sin renunciar a ningún privilegio. Y eso hizo Nicolás II: se quedó con los brazos cruzados frente a sus ministros y a sus consejeros que temían por sus propios bolsillos o por sus propias cabezas y le suplicaban que firmase el decreto mediante el cual cedía una parte considerable de sus poderes a una asamblea legislativa. El zar ni siquiera leyó el documento que temblaba

en la mano de un ministro, les dio la espalda a todos, caminó hacia uno de los ventanales del palacio real y dijo algo sobre el parque o sobre las flores, algo que nadie entendió, pero que todos supusieron que era estúpido en ese momento tan grave de la historia.

Al día siguiente no fueron los ministros ni los consejeros quienes se presentaron en el palacio sino un general, aunque para Nicolás II más intimidantes que ese militar rebelde eran las filas de soldados que podían verse desde el mismo ventanal al que se había asomado el día anterior. Estaban pisando las flores del parque. El general también traía un documento en su mano. Esta vez Nicolás II comprendió que no tenía más opciones que enterarse de lo que decía el papel, le gustara o no le gustara el contenido. En un último gesto de autoridad, le ordenó al general que se lo leyera en voz alta. Fue un error: el documento empezaba con la fórmula “Yo, majestad imperial y real, emperador y autócrata de toda Rusia, rey de Polonia y gran príncipe de Finlandia...”, así que tuvo que escucharse recitar por la boca de un extraño un larguísimo discurso que le hizo sentir que le habían usurpado hasta la primera persona. Pero como estaba convencido de que podía comunicarse directamente con Dios es muy probable que rezara mientras oía su propia abdicación en palabras ajenas (¿qué canalla las habría escrito?). Según la leyenda familiar, recién se persignó en el párrafo que decretaba el destierro a la Argentina. No me resulta difícil imaginar su estado de ánimo en esa situación: debía de sentirse aplastado contra el piso, transformado en un microbio, en un organismo unicelular, en una gota sin núcleo, exactamente como yo en este momento. Dios lo había abandonado cuando más lo necesitaba; ahora tenía que enfrentarse a un millón de problemas prácticos para los que nadie lo había

entrenado. ¿Cómo reaccionaría su esposa? ¿Y sus cuatro hijas? ¿Y su hijito, el pobre Alexis, que no aguantaba el más mínimo golpe sin desangrarse y que no heredaría ni un metro cuadrado de los verdes campos de Rusia? Si bien muy pocos lo sabían aún, otro zar ya había asumido el poder: Pedro Ustinov, Pedro IV, Pedro el Farsante. Lo que más nos conmueve a Morna y a mí es que después de leer el documento de abdicación, el general le exigió a nuestro antepasado que le entregara los símbolos de la monarquía rusa: la corona, el cetro y el anillo con el sello del águila bicéfala.

5

Solo quienes visitaron la exposición “El siglo Ustinov” en el Palacio Ferreyra podrían creer que Rusia fue el país más grande del mundo hace 100 años. Si se compara un mapa de 1917 con uno de 2017, las diferencias son vertiginosas. Antes, cuando reinábamos los Romanov, abarcaba desde Polonia hasta el estrecho de Bering y se extendía a lo largo y a lo ancho de 23 millones de kilómetros cuadrados. Ahora, con los Ustinov en el trono, el territorio se ha reducido cien veces, asfixiado entre decenas de países limítrofes. No queda mucho más que el parque donde mis cuatro tías tatarabuelas, Tatiana, Olga, María y Anastasia se paseaban con sus vestidos blancos y recogían flores cuando eran adolescentes, mientras mi tatarabuelo, Alexis, que tenía prohibido salir del palacio, las espía desde lejos. La democracia fue una desgracia para Rusia, la dividió y la subdividió en cientos de parcelas minúsculas con fronteras inestables y banderas que cambian de color más rápido de lo que se desvanece un arcoíris. Todos los zares de la dinastía



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?

